

## CONSTRUCCIONES MEDIAS DE ALTA TRANSITIVIDAD EN ESPAÑOL: UN ENFOQUE COGNITIVO-DISCURSIVO

GUILLERMO SOTO Y DANIEL MUÑOZ  
Universidad de Chile

Tras discutir distintas propuestas sobre el valor del clítico *se* en construcciones medias del tipo: *se cayó*, *se subió* o *se enojó*, se apoya la posición de Maldonado (1999), para quien el clítico induce una focalización en el cambio de estado, fenómeno frecuentemente ligado a lecturas dinámicas o energéticas. Consecuencia de esta caracterización es que, en muchos casos, el clítico contribuye al incremento de la transitividad. Para corroborar esta función, se relaciona el clítico medio con diez variables de transitividad propuestas por Hopper y Thompson (1980), concluyéndose que éste suele involucrar una mayor transferencia de energía y la maximización de los rasgos de alta transitividad. Posteriormente, se presenta información de una investigación en curso, en relatos de niños (3-11 años) y adultos, que muestra que las construcciones medias estudiadas indican secciones prominentes del discurso narrativo. Se propone que, en el procesamiento de los relatos, el niño dirige su atención a los procesos con gran despliegue energético, empleando la construcción con clítico en casos en que la situación no se ajusta fácilmente a una instancia de transferencia energética subsumible en la construcción transitivo-activa prototípica propuesta por Givón (1990). Finalmente, se intenta resolver la dicotomía entre las explicaciones discursivas y las cognitivas del fenómeno, proponiendo dos niveles de representación y descripción.

### 1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se propone explorar, desde una perspectiva cognitiva y discursiva, una serie de construcciones que, presentando un clítico *se*, superficialmente idéntico al *se* reflejo, no poseen auténticamente este valor. Las oraciones del tipo *se cayó*, *se subió* o *se enojó* –foco de nuestro estudio– han sido ampliamente estudiadas y, desde antiguo, se les ha asignado un estatus diferente al de las oraciones del tipo *ella se vio en el espejo*, sin lograr, en todo caso, una caracterización única para el fenómeno. La investigación que se presenta integra, fundamentalmente, información proveniente de la lingüística cognitiva, el funcionalismo y el análisis del discurso narrativo con el objetivo de no solo caracterizar las construcciones en estudio,

sino también de observar su participación como marcador de alta transitividad en la producción de relatos por parte de niños y adultos. Intentaremos mostrar que la función discursiva del clítico, presente en los relatos desde las edades más tempranas, se debe a su valor semántico y al estatus privilegiado que poseen en la narración los procesos con gran despliegue energético.

El artículo está organizado en tres secciones y un segmento final de conclusiones. En la primera de ellas, se exponen críticamente diversas caracterizaciones gramaticales propuestas para estas construcciones –y otras relacionadas– tanto por la gramática tradicional como por corrientes contemporáneas. Tras revisar enfoques tradicionales y funcionalistas, se defiende la postura cognitivista de Maldonado (1999), para quien el clítico en estudio posee un valor medio, inductor de una focalización en el cambio de estado, fenómeno frecuentemente aparejado a lecturas dinámicas o energéticas. La segunda parte del trabajo aborda una consecuencia de esta caracterización: el hecho de que, en muchos casos, el clítico medio, lejos de operar como recurso detransitivizador, contribuye al incremento de la transitividad, idea sostenida, fundamentalmente, a partir de la propuesta de transitividad de Hopper y Thompson (1980) y de la noción de cláusula activa transitiva prototípica de Givón (1990). El análisis del clítico en relación con las diez variables de transitividad indicadas por Hopper y Thompson permite concluir que éste suele involucrar una mayor transferencia de energía y la maximización de los rasgos de alta transitividad. En la tercera sección del trabajo, asumiendo la hipótesis de que las construcciones de alta transitividad indican secciones prominentes del discurso narrativo (Hopper y Thompson 1980), se presentan datos preliminares de una investigación en curso que corroboran esta función del clítico en relatos de niños de 3 a 11 años y de adultos. La alta presencia de construcciones con el clítico en estudio en relatos infantiles muestra que los niños, desde edades muy tempranas, privilegian los sucesos que impliquen alto despliegue de energía y emplean las construcciones lingüísticas que conceptualizan dichos procesos.

Por último, en las conclusiones se explora un marco general que integra las tres proposiciones centrales de la investigación, a saber, que existe una serie de construcciones medias de alta transitividad, que éstas participan en la producción de secciones prominentes en los relatos y que los niños utilizan estas construcciones en la conceptualización y comunicación de escenas con alto despliegue energético, no subsumibles en cláusulas activas transitivas prototípicas. Cabe mencionar que esta investigación forma parte de un proyecto mayor, actualmente en curso, en el cual nos proponemos caracterizar el desarrollo ontogenético de las construcciones medias de alta transitividad en el discurso narrativo.

## 2. CONSTRUCCIONES MEDIAS CON EL CLÍTICO *SE*

Es sabido que, en español, gran parte de las construcciones en que se presentan los comúnmente denominados “pronombres reflejos” no poseen un significado auténticamente reflejo y que, más bien, existe una amplia gama de valores de estos clíticos (Bello 1928, Benot 1943, Lenz 1920, Contreras 1973, García 1975, entre

otros). Así, junto a construcciones del tipo:

(1) El niño se vio en el espejo.

de evidente valor reflejo, encontramos oraciones como

(2) El nene se subió al árbol.

(3) El nene y el perro se cayeron.

(4) El niño se enojó.

Estas últimas se alejan, en mayor o menor grado, de varios de los rasgos característicos de las construcciones reflejas, como la correferencialidad entre sujeto y clítico (en los casos expuestos, *se*) y el doble papel semántico desempeñado por el sujeto (Maldonado 1999, Pueyo 1995, entre otros). Tampoco admiten, a diferencia de (1), la frase preposicional de refuerzo *a sí mismo*, como se puede observar en las siguientes oraciones, donde solo la primera resulta admisible:

(5) El niño se vio a sí mismo en el espejo.

(6) \*El nene se subió a sí mismo al árbol.

(7) \*El nene y el perro se cayeron a sí mismos.

(8) \*El niño se enojó a sí mismo.

Este fenómeno ha sido reconocido desde antiguo por la tradición gramatical. Así, ya en 1847, Bello habla de construcciones cuasirreflejas en las que “la reflexividad no pasa de lo material de la forma, ni ofrece al espíritu más que una sombra débil y oscura” (1928: § 759<sup>1</sup>). Con posterioridad, Alonso y Henríquez Ureña (1953), en el mismo sentido, se refieren a los “reflexivos sólo de forma”. Más recientemente, García (1975) ha denominado “reflejos románicos” (*Romance reflexives*) este tipo de usos, si bien, como señala Maldonado (1999), la gama de valores asociados al clítico no se restringe a las lenguas romances. Extrañamente, todavía en 1973, el *Esbozo* de la Academia emplea el término reflexivo para estos mismos casos, como advierte Contreras 1973<sup>2</sup>.

Un problema recurrente en la literatura ha sido la sistematización de taxonomías de los valores no reflejos ni recíprocos del clítico<sup>3</sup>. Benot (1943), por ejemplo,

<sup>1</sup> En el caso de las gramáticas de Bello y Hanssen y en el *Esbozo* de la RAE, las citas refieren no a la página sino al párrafo numerado correspondiente. Siguiendo el uso, se emplea con este fin el calderón: §.

<sup>2</sup> Así, leemos en el *Esbozo*: “Cuando el verbo de una frase verbal pertenece a la misma persona y al mismo número gramatical que sus complementos pronominales, preposicionales o no, decimos que estos pronombres son reflexivos o reflejos, o están en construcción reflexiva o refleja” (§ 2.5.5) y, más adelante, “el concepto de lo reflejo no debe entenderse en gramática como el proceso que consiste en dirigir hacia uno mismo el acto que normalmente se dirige a los demás...” De ahí que sean también reflejas, según la Academia, *se arrepiente, se va, se acaba todo, se adivina la intención, se vivía mejor*.

<sup>3</sup> Así, además de los que, de modo ilustrativo, se exponen a continuación, todos los autores que han tratado el tema proponen alguna clasificación de valores. Véanse, por ejemplo, además de Benot (1943) y Contreras (1973), Lenz (1920), Alcina Franch y Blecua (1975) y Maldonado (1999), a quien nos referiremos más detenidamente al final de esta sección.

observa que estas construcciones pueden comunicar un sentido adventicio, deponente o pasivo. Más completa es la descripción de Contreras (1973), para quien pueden distinguirse doce usos distintos del clítico *se*, organizados en tres tipos de significación: léxica, gramatical y estilística. Mientras los casos de significación léxica permiten establecer, según la autora, oposiciones conceptuales (no es lo mismo decir “Juan va a Valdivia” que “Juan se va a Valdivia”, por ejemplo), los de significación gramatical se relacionan con la pasividad y la aspectualidad de las oraciones (“Las paces se firmaron por los plenipotenciarios”, “Juan se duerme”). Finalmente, y a diferencia de los casos anteriores, las instancias de significación estilística no contrastan ni conceptual ni gramaticalmente con las construcciones sin clítico y aportan, en cambio, un valor más bien expresivo o connotativo a las oraciones. Así, de acuerdo con Contreras, en “Juan se bebe un tonel de vino”, el clítico *se* indica solo “el agrado o voluntariedad” (p.3) con que se realiza la acción.

Si bien existe acuerdo en la existencia de distintos valores del *se*, reflexivos y no reflexivos, las divergencias comienzan al explicar las relaciones entre ellos. De acuerdo con García (1975), la mayoría de los investigadores ha asumido que el uso básico del *se* es el reflexivo y que a partir de éste se derivan los otros usos. La propia autora, sin embargo, propone una segunda posibilidad: que exista un valor básico más elemental compartido por todos los usos del clítico y al que se subordinen tanto los empleos no reflexivos como los reflexivos. En otras palabras, que el clítico reflejo derive su valor de un significado más elemental que sea común a todos los otros.

La hipótesis tradicional normalmente ha explicado las relaciones entre el valor reflejo y los valores no reflejos desde un punto de vista diacrónico. Así, Lenz (1920) esboza una estructura radial cuyo elemento central corresponde a construcciones reflejas exteriores visibles del tipo “yo me lavo”<sup>4</sup>. A partir de éstas, según el filólogo alemán, y gracias a diversos desplazamientos semánticos, las construcciones han asumido valores recíprocos (“nos lavamos”), de reflexividad interior psíquica (“yo me alegro”), de interés (“me bebí un gran vaso de agua”) o dinámicos (“el niño se subió al árbol”), entre otros. Resulta interesante observar que estos valores del *se* abarcan desde construcciones de significado más bien pasivo (“se venden huevos”) hasta las construcciones que Lenz denominó dinámicas y donde, como señala Hanssen (1913), el clítico “[...] da al verbo cierto color de acción que el sujeto

<sup>4</sup> Si bien el presente trabajo se centra en el clítico *se*, la discusión tiene un alcance más amplio que abarca el conjunto de los clíticos que pueden emplearse con valor reflexivo o medio (*me, te, nos, os*). A diferencia de *se*, los otros clíticos no son exclusivos de los valores reflejos o medios, sino que pueden emplearse también con valores oblicuos; de ahí que se afirme que el clítico *se* es el único reflejo (y medio) en estricto sentido. Así, considerando solo el plano de la expresión, para la primera persona se utiliza un mismo clítico en las oraciones “Francisca me dio un regalo”, “me vi en el espejo” y “me fui a casa”, mientras que para la tercera persona el clítico varía: “Francisca le dio un regalo”, “se vio en el espejo” y “se fue a casa”. En las líneas que siguen, se entrega una serie de ejemplos aportados por la literatura en el marco de la discusión de los valores reflejos y no reflejos de construcciones no oblicuas. Se ha optado por mantener los ejemplos en su forma original pues, si bien en algunos casos se emplean clíticos distintos de *se*, el problema en discusión sigue siendo el mismo: el estatus de construcciones solo superficialmente reflejas.

parece ejercer en sí mismo” (§ 514); nos referimos a casos como “me quedo aquí”, “me voy a París” o “los presos se salieron”, todos éstos, ejemplos aportados por el propio Hanssen.

Posteriormente, Gili Gaya (1955) propone una serie de fases diacrónicas para el clítico *se*, indicando que, desde su valor reflexivo original, éste adquirió valores no reflejos y empezó a comunicar, también, la mera participación en la acción, la pasividad y la impersonalidad. Para este autor, el componente semántico clave en la progresión señalada es el grado de participación del sujeto en el proceso significado por el verbo, de modo que, partiendo de procesos en que el sujeto está máximamente involucrado (“él se vio en el espejo”), se llega a procesos de participación mínima (“se alquila carruajes”). Como puede observarse, al igual que Lenz, Gili Gaya propone transiciones semánticamente motivadas en que es posible distinguir un significado originario (reflexividad) y una serie de valores derivados que coexisten en un mismo estado de lengua.

Contra el enfoque anterior, García (1975) ha señalado que las explicaciones de naturaleza diacrónica, si bien se fundan en la evolución de los valores reflexivos existentes en latín a los no-reflexivos característicos de las lenguas romances, no son capaces de explicar la relación sincrónica que mantienen los diversos valores del clítico<sup>5</sup>. Por lo mismo, no pueden dar cuenta de manera sistemática de la adquisición de los valores del clítico en la ontogenia, toda vez que el niño no tendría conciencia de las relaciones diacrónicas que vinculan los diversos usos. De ahí que la autora proponga una explicación estrictamente sincrónica capaz de dar cuenta del significado que aprende el niño cuando adquiere el clítico en cuestión.

Para García, en todos los usos de *se* (reflejos y no reflejos) existe un mismo mensaje elemental, a saber: “ninguna entidad distinta al sujeto es responsable del suceso” (p. 7). Según la autora, los valores específicos resultan de procesos inferenciales que realizan los hablantes a partir de esta información básica y la información que provee el contexto en que aparece el clítico. Así, en la oración

(9) Nos vamos a matar.

el clítico elimina la participación de otro distinto de “nosotros” en el proceso. Dependiendo del contexto de que se trate, la oración podrá tener una lectura reflexiva, esto es, “nos suicidaremos”; una lectura recíproca: “nos mataremos el uno a otro”; o una lectura en que el proceso ocurre sin agente alguno: “el avión se cae, nos vamos a matar”.

Pueyo (1995) ha criticado la propuesta de García, indicando que de ésta “se desprende que los conceptos son posteriores a las expresiones” (p. 180), posición que si bien es aceptable desde el punto de vista del oyente, no parece tener sentido

<sup>5</sup> Toda vez que escapa al objetivo del presente artículo y a las capacidades de sus autores, no discutiremos el problema de la ausencia de usos no reflexivos en latín. La referencia a éste se incorpora solo en beneficio del argumento expuesto por García.

desde la perspectiva del hablante. A juicio de Pueyo, “si asumimos que el hablante ‘quiere’ comunicar un concepto, tenemos que asumir que la existencia de ese concepto es previa a la codificación y a la inferencia” ( p. 180), en otras palabras, que la formación de conceptos antecede a su expresión. Por otra parte, contra la propuesta de García de un solo significado básico para *se*, Pueyo defiende la existencia de múltiples significados gramaticalizados. No se trataría, entonces, de inferir significados en contexto sino de asociar significados establecidos. Sin embargo, ambas posturas no son incompatibles, como supone Pueyo, si bien para integrarlas es necesaria una teoría de la categorización simbólica más compleja, que dé cuenta, a la vez, de los fenómenos radicados en el uso, como la generación de inferencias durante la comprensión y los fenómenos del sistema, como el reconocimiento léxico.

La hipótesis de un modelo basado en el uso propuesta por Langacker (1988) cumple tal función. Para este autor, la categorización opera en diversos niveles de abstracción, elaboración y extensión. Partiendo de un esquema significativo con valor prototípico, el sujeto, a partir de su experiencia y gracias a sus recursos cognitivos generales, deriva valores más elaborados y construye extensiones que alteran las propiedades del prototipo, manteniendo, sin embargo, cierta relación de semejanza con éste. Así, se va construyendo una estructura reticular que vincula esquemas con diversos niveles de elaboración y grados de extensión. En este proceso no solo se construyen esquemas más específicos o se proyectan, metafóricamente, por ejemplo, esquemas a otros dominios, sino que también se realizan generalizaciones que derivan en esquemas más abstractos y abarcadores.

Las redes semánticas de Langacker pueden ilustrarse en la siguiente figura, tomada de Maldonado (1993a):

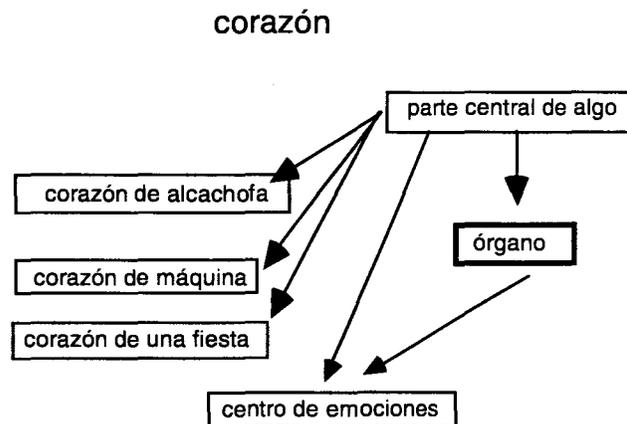


Figura 1: Red semántica de Langacker (según Maldonado 1993a).

Cada nodo de la red corresponde a uno de los significados del ítem léxico *corazón*, entendido como una estructura esquemática de carácter simbólico. El rectángulo con líneas más gruesas enmarca el valor prototípico. Éste, a su vez, corresponde a una especificación del valor más esquemático superior. Un aspecto importante del modelo es que permite la coexistencia de representaciones intrínsecamente más elementales ('parte central de algo') y psicológicamente más básicas ('órgano'). A partir de los esquemas existentes, los sujetos pueden construir nuevas representaciones. Los esquemas previos sancionan los nuevos, pero no los generan, pues se entiende que el componente generativo del lenguaje forma parte del sistema cognitivo humano en general. Las sanciones pueden ser parciales (i. e., existen grados de tolerancia) y es posible que un esquema específico reciba múltiples sanciones.

La figura 1, en todo caso, simplifica la compleja red de relaciones que construyen los sujetos pues no da cuenta de las distancias conceptuales entre los ítems. Importa destacar aquí que no debe entenderse esta red en el sentido de las redes jerárquicas propuestas para la categorización léxica (cf. Carroll 1994), ya que la red de Langacker no supone el principio fuerte de economía cognitiva, i. e., la idea de que la información se almacena en el nodo más alto posible. Por el contrario, el modelo admite redundancias y pretende ser sensible a factores pragmáticos como la frecuencia y el grado de asociación entre representaciones, lo que lo asemeja más, en estos aspectos, a la noción de redes de activación extendida.

La propuesta de Langacker permite dar cuenta con gran flexibilidad de los procesos de categorización que tienen lugar en el lenguaje en uso. Más aun, permite trascender la dicotomía entre reconocimiento léxico e inferencia, indicada por Pueyo (1995). En efecto, puede plantearse que las inferencias recurrentes se estabilizan como esquemas específicos; en otras palabras, que no existe una dicotomía sino un continuum que en uno de sus polos presenta la inferencia completamente original y, en el otro, el ítem estabilizado en la red.

Recientemente, y en el marco de la gramática cognitiva langackeriana, Maldonado (1989, 1993b y 1999) ha desarrollado una caracterización de los fenómenos en estudio<sup>6</sup>. Para este autor, los valores no reflexivos de *se* corresponden al campo de las construcciones medias, observación compartida por diversos investigadores, como Alcina Franch y Blecua (1975) y García-Miguel (1995), entre otros.

En efecto, si se observa el rango semántico cubierto por las construcciones con *se* no reflejo, puede advertirse que éste es similar al correspondiente a la voz media en otras lenguas. Así, por ejemplo, García-Miguel presenta el siguiente cuadro comparativo entre el español y el griego, donde es posible advertir que las expresiones

<sup>6</sup> En Maldonado (1999), se expone, de modo bastante más completo, el enfoque sintetizado parcialmente en los párrafos que siguen. Considerando la importancia que las ideas previas de este investigador han tenido para nuestro trabajo, se han incorporado hallazgos contenidos en la mencionada publicación, intentando que éstos dialoguen con la argumentación expuesta a lo largo del presente trabajo.

en español, equivalentes a las que en griego se codifican en voz media, suelen marcarse con el clítico en estudio<sup>7</sup>.

Griego clásico

*phaíno* [ACTIVO] “mostrar”.

*phaínomai* [MEDIO] “mostrarse, aparecer”.

*Aishkýno* [ACTIVO] “avergonzar (a alguien)”.

*Aishkýnomai* [MEDIO] “avergonzarse, sentir vergüenza”.

Cuadro 1: Equivalencias voz media griega, clítico medio español  
(García-Miguel 1995).

La interpretación tradicional de la voz media reconoce el interés y la participación del sujeto en el proceso expresado por el verbo<sup>8</sup>. De acuerdo con Alcina Franch y Blecua (1975), esto se debe a que en la voz media el sujeto establece una relación real y directa con un objeto del proceso verbal que es parte del propio sujeto o pertenece a éste, como en oraciones del tipo

- (10) Juan se levanta.
- (11) El gato se escapa.
- (12) El niño se subió al árbol.

donde se observa, además, una activa participación del sujeto en la acción<sup>9</sup>.

El estatus intermedio de esta voz ha sido destacado, desde un enfoque cognitivo, por van Oosten (1977, citado por Maldonado 1999), quien le atribuye propiedades tanto activas cuanto pasivas, en el sentido de que, por una parte, la acción sería desplegada por un participante agentivo<sup>10</sup> y, por otra, los efectos de la acción en el sujeto se promoverían al primer plano.

<sup>7</sup> Por supuesto, no hay que esperar que las correspondencias sean perfectas; en todo caso, se trata de un dominio construccional recurrente, con marcadores en diversas lenguas (García-Miguel 1995). De acuerdo con Lyons (1979), en las lenguas indoeuropeas la oposición básica se da entre la voz activa y la media, no entre las pasivas y las activas (cf. Alcina Franch y Blecua 1975, García-Miguel 1995, Maldonado 1999). Cabe señalar que el campo medio se encuentra también en lenguas no indoeuropeas, como ilustran Dietrich respecto del chiriguano, lengua tupí-guaraní del Sureste de Bolivia y el Nordeste argentino, y Klaiman, en el caso de la lengua fula del Congo nigeriano (citados por García-Miguel 1995 y por Maldonado 1999).

<sup>8</sup> Así, por ejemplo, Lyons: “Las implicaciones de la voz media (cuando se encuentra en oposición con la activa) consisten en que la ‘acción’ o el ‘estado’ afecta al sujeto del verbo o a sus intereses” (1979: 387). Similar es la caracterización que figura en Hartmann y Stork (1972), para quienes la voz media indica que el sujeto es un actor que actúa ya reflexivamente sobre sí mismo ya en su propio beneficio.

<sup>9</sup> La discusión sobre la existencia de una verdadera voz media en español escapa a los objetivos del presente trabajo. Para nuestros propósitos, basta con reconocer la existencia de un conjunto de construcciones que, articuladas en forma reticular, constituyen un dominio identificable en español. Citando a Maldonado (1999: 400), las formas medias del español constituyen “un sistema coherente de relaciones con alto nivel de motivación semántica, sintáctica y conceptual”.

<sup>10</sup> Sin embargo, como se verá en la siguiente sección, no siempre hay un participante agentivo en estas construcciones. En casos como “Claudia se enojó”, estamos más bien ante un experimentador que asume propiedades activas o agentivas.

Maldonado, aunque próximo, como él mismo señala, a la propuesta de van Oosten, aborda el problema de la voz media destacando el papel que desempeña el flujo de energía en la conceptualización de los procesos categorizados como medios. En efecto, para este autor

La voz media está enmarcada, en un extremo por oraciones transitivas, con un flujo máximo de energía que el agente induce en el paciente y, en el otro, por construcciones absolutas que [...] no designan flujo alguno de su energía (1999: 15)<sup>11</sup>.

La posición intermedia de estas construcciones ha sido indicada también por otros estudiosos (entre ellos, Alcina Franch y Blecua 1975, García-Miguel 1995 y Lyons 1979). Para la presente investigación, el énfasis de Maldonado en el flujo de energía como factor central en la conceptualización del dominio medio resulta particularmente atractivo, como se verá más adelante, pues permite abordar el problema de las medias en relación con la transitividad y la manera en que ésta se despliega en el discurso narrativo.

A juicio de este autor, quien sigue en este punto a Langacker y a Kemmer (cf. Maldonado 1999), el sistema medio emerge en una situación de argumentos no diferenciados donde agente y paciente constituyen una misma unidad, idea sugerida también, como ya se ha visto, por Alcina Franch y Blecua, si bien en el marco de un programa de investigación muy distinto al de los autores indicados.

Mientras en las construcciones reflexivas existe gran separación entre el componente activo y el pasivo, como puede observarse en la oración

(13) Francisca se vio en el espejo.

en las medias, esta separación va disminuyendo hasta llegar a situaciones de absoluta indiferenciación de argumentos:

(14) Soledad se peinó.

(15) Rodrigo se lavó la cara.

(16) Trinidad se fue.

(17) Emiliano se enojó.

(18) La copa se quebró.

En estas construcciones, como precisamente indica van Oosten, el cambio de estado pasa a ser la información prominente. De ahí que, para Maldonado, la función básica del clítico radique en poner en primer plano un suceso en el que la predicación tiene alcance restringido y en el que, en consecuencia, las circunstancias que acompañan su desarrollo se rebajan al segundo plano. La focalización producida por el clítico favorece no solo lecturas perfectivas o resultativas sino también interpretaciones de cambio instantáneo, repentino o rápido; en otras palabras, permite reconceptualizar el proceso como puntual.

<sup>11</sup> La dicotomía energético/absoluto ha sido propuesta por Langacker (1991, citado por Maldonado 1999).

Junto con promover al primer plano el cambio de estado del paciente, las construcciones medias destacarán, como se anunciaba en párrafos anteriores, distintos grados de energía provenientes ya del participante ya del “conceptualizador”, esto es, del sujeto de la enunciación que construye cognitivamente la escena por comunicar. Dependiendo de las propiedades de los verbos y de la forma en que se construye la escena, podrá subrayarse la participación del agente en el proceso, como ocurre en las oraciones que Lenz denominaba dinámicas y a las que hacíamos referencia al inicio de este artículo: “me voy a París”, “los presos se salieron”. En otras circunstancias, la fuerza que induce el cambio de estado permanecerá esquemáticamente en el trasfondo, como ocurre en la oración (18), donde Maldonado observa un choque de fuerzas, a nivel pragmático, entre las expectativas del conceptualizador, contrarias, en este caso, a que la copa se quiebre, y la fuerza que emerge de un inductor esquemático capaz de vencer dichas expectativas<sup>12</sup>.

Es justo mencionar, por último, que Maldonado no limita su estudio a un análisis general de las construcciones medias a objeto, simplemente, de establecer una distinción entre aspectuales y modales (cf. Pueyo 1995). Por el contrario, y en el espíritu de la gramática cognoscitiva, como él prefiere denominarla, caracteriza exhaustivamente el dominio medio, observando las diversas relaciones de extensión y elaboración que dan lugar a éste e incorporando a su caracterización construcciones que no se exploran en el presente artículo, como las denominadas pasivas e impersonales reflejas.

### 3. EL CLÍTICO *SE* COMO INTENSIFICADOR DE TRANSITIVIDAD

Una consecuencia importante de la propuesta de Maldonado radica en que desautoriza la idea de que el clítico en estudio supone, siempre, una disminución en el grado de transitividad de las construcciones. En efecto, como veremos a continuación, muchos de los significados de las construcciones medias intensifican más que reducen el grado de transitividad, una conclusión a la que también han llegado otros autores (cf. Hopper y Thompson 1980, García-Miguel 1995). Para comprender en qué sentido la lectura de Maldonado reubica el clítico como intensificador de transitividad, es necesario, primero, detenernos brevemente en la concepción de transitividad, con especial énfasis en la propuesta de Hopper y Thompson (1980).

El concepto de transitividad no ha sido fácil de precisar para la lingüística. Como señala Martínez (1998), las definiciones sintácticas suelen ser, en este respecto, circulares pues normalmente definen el verbo transitivo como aquel que requiere objeto directo, mientras que el objeto directo se caracteriza como el objeto de un verbo transitivo. Sobre bases puramente sintácticas se ha sostenido que la transitividad es una propiedad exclusiva de las oraciones ya que verbos categorizados como

<sup>12</sup> Para una caracterización detenida de estos fenómenos, además de Maldonado (1999), puede consultarse el texto de 1993b perteneciente a este mismo autor. Las expectativas no siempre se asocian a la oposición deseado/no deseado, como se observa en el ejemplo “El problema se solucionó”.

transitivos pueden figurar sin objeto directo y verbos categorizados como intransitivos pueden aparecer en construcciones con objeto directo (Hernández 1995). Esta visión, sin embargo, no es capaz de explicar, a nuestro juicio, las condiciones que rigen las construcciones transitivas ni las diferencias claramente observables entre verbos que típicamente presentan objeto directo y verbos que solo atípicamente lo hacen.

Más esclarecedoras nos parecen las definiciones de base semántica que, en español, pueden remontarse ya a Nebrija (Martínez 1998). Ellas comparten, de forma más o menos explícita, la idea del paso de un lugar a otro, noción observable en el propio significado etimológico de la expresión. Esta idea de “tránsito” o “paso” corresponde, metafóricamente, al esquema de un trayecto que comienza en el sujeto (fuente) y concluye en el objeto directo (meta), si bien existen casos de inversión: “Francisca recibió el regalo” (Martínez 1998). De hecho, la denominada hipótesis localista se origina en esta metáfora. De acuerdo con dicha hipótesis, la predicación derivaría de un escenario espacial subyacente, o viaje, en el que las acciones emergen del movimiento, la dirección y la transferencia (Frawley 1992). Este marco permite integrar los conceptos gramaticales de sujeto y objeto directo con conceptos semánticos de base accional, como agente y paciente, y local, como fuente y meta. En otras palabras, permite abordar el concepto de transitividad en el marco general de la acción y de los sucesos.

Así vistas las cosas, la transitividad correspondería a una propiedad global de los sucesos que implican transferencia de energía. La presencia del objeto directo no sería sino una de las manifestaciones de este tipo de sucesos, no el criterio definicional de la categoría. Siguiendo a Hopper y Thompson (1980), puede plantearse que no existe un único criterio que opere como condición necesaria y suficiente de la transitividad, pues las construcciones gramaticales que expresan sucesos pueden desplegar ésta en diversos niveles, dependiendo de la interacción de distintos factores que inciden en las fuerzas en juego.

Desde nuestro punto de vista, la transitividad constituirá una *gestalt*, i. e., una representación compleja que, sin embargo, es psicológicamente más simple que sus constituyentes. La situación transitiva prototípica comprenderá, probablemente, la presencia de un objeto directo; no obstante, el esquema transitivo tendrá que ver más con la idea de transferencia energética que con la expresión del objeto directo.

Hopper y Thompson proponen diez variables concurrentes para la transitividad, las que pueden sintetizarse como sigue: a) participantes: dos o más participantes en el proceso implican un mayor grado de transitividad; b) kinesis: las acciones pueden transferirse de un participante a otro, pero no así los estados (*abrazar a alguien* vs. *gustar de alguien*); c) aspecto: una acción vista desde su parte final, como una acción completa, es más prototípicamente transitiva que las que se enfocan en otras etapas; d) puntualidad: las acciones que no muestran la transición implican mayor transitividad (*patear* vs. *llevar*); e) voluntad: los efectos de una acción sobre un objeto son mejor percibidos cuando ésta es considerada intencional; f) afirmación: las construcciones afirmativas despliegan mayor transitividad que las negativas; g) modalidad: las acciones transitivas relacionadas con sucesos reales son más transitivas

que las hipotéticas; h) agentividad: a mayor agentividad, mayor transitividad; i) grado de afectación del objeto: mientras más se afecta el objeto, más transitividad; j) nivel de individualización del objeto: mientras más claramente distinto sea el objeto tanto del agente como del trasfondo, más claramente transitiva es la relación.

El enfoque de Hopper y Thompson es cercano a la propuesta de Givón (1990), para quien existen tres dimensiones semánticas centrales en la caracterización de la voz activa-transitiva prototípica, a saber, agente, paciente y verbo<sup>13</sup>. De acuerdo con Givón, la cláusula transitiva prototípica implica un agente activo, voluntario, que inicia el proceso, lo controla y asume su responsabilidad. Por su parte, el paciente es inactivo, involuntario, no controla el proceso y sufre los cambios de estado asociados a éste. El verbo, finalmente, se presenta en forma compacta (no durativa), limitada (no persistente) y real (no hipotética), representando un suceso muy dinámico, que está completado y es real.

Es fácil advertir, como se verá con detalle a continuación, que los usos del clítico *se* están relacionados tanto con los parámetros dados por Hopper y Thompson como con las dimensiones de Givón. De ahí que, como ya se ha señalado, puede inferirse que la unidad opera como un marcador de transitividad. La lectura tradicional de esta relación propone que el clítico comunica baja transitividad, es decir, que opera como un recurso de detransitivización toda vez que reduce la cantidad de participantes en la proposición. Las construcciones reflejas, del tipo “Valentina se vio en el espejo”, son un claro ejemplo de ello, en contraposición a oraciones como “Valentina vio a Francisca”.

No obstante, como ya se ha anticipado, el clítico también puede indicar alta transitividad, como sucede en ejemplos medios del tipo: “el niño se subió al árbol”, “el florero se cayó” y “el perro se comió toda la comida”, entre otros. El examen detenido de la relación entre este tipo de construcciones y los parámetros expuestos ilustra la función transitivizadora de la unidad.

En primer término, si bien las construcciones reflejas disminuyen la cantidad de participantes involucrados en un proceso, esto no ocurre en el caso de las construcciones medias con verbos monoargumentales, o sea, en pares como *caer/caerse* y *morir/morirse*, entre otros. Tampoco ocurre este fenómeno en verbos transitivos en que el clítico coexiste con el objeto directo: “El perro se comió toda la comida”. El punto ya ha sido destacado por diversos autores, como García-Miguel (1995), para quien “la [construcción] media se sitúa en grado de transitividad debajo de la activa con un mayor número de participantes y encima de la activa con el mismo número de participantes” (p. 122).

Por otra parte, y como ya se había anticipado en la sección anterior, en muchos casos el clítico comunica un valor aspectual tanto puntual como perfectivo a la conceptualización del proceso, claro indicador de mayor transitividad. El fenómeno

<sup>13</sup> Como la entendemos, la diferencia entre ambas propuestas radica en que la de Givón descansa en un enfoque más bien cognitivo del fenómeno, mientras que la de Hopper y Thompson privilegia los aspectos comunicativos. Al final del presente artículo discutiremos esa diferencia.

puede observarse en oposiciones como *caer/caerse* y *subir/subirse*, donde la construcción con clítico comunica la acción ya completa. El contraste se advierte en el siguiente ejemplo tomado de Maldonado (1993b):

(19) Jimena subió la escalera.

(20) Jimena se subió a la mesa.

Mientras que en la primera oración se produce un recorrido global por el proceso, la segunda se focaliza en el final de éste, como ilustra el esquema propuesto por el mismo autor (Figura 2). Obsérvese que el cuadrado pequeño del segundo esquema representa la focalización en la etapa final del proceso, propiedad que, ya en 1953, Alonso y Henríquez Ureña reconocen en verbos de movimiento: “salir, entrar, subir, bajar, en la forma reflexiva (sic.), se refieren, más que a la acción misma, a su resultado” (p.107).

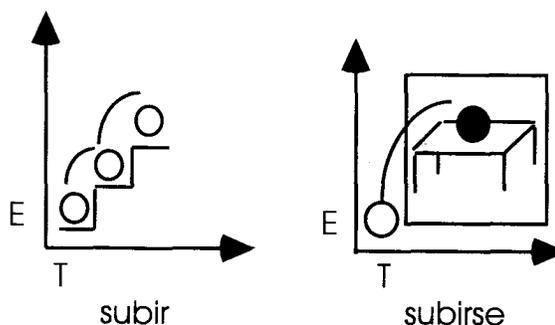


Figura 2: Esquemas de *subir* y *subirse* según Maldonado (1993b)

Como habíamos señalado antes, esta función focalizadora consiste, esencialmente, en trasladar la atención conceptual hacia el segmento prominente de un determinado proceso, correspondiente al momento en que se percibe un cambio de estado. La focalización dependerá de la semántica inherente de los verbos en cuestión, por lo que en verbos como *irse* primará la fase incoativa del proceso de *ir*. En todo caso, el clítico reducirá la extensión del proceso, transformándolo en uno puntual. Como señala Maldonado (1999) “hay un sentido instantáneo en *irse* que no puede encontrarse en *ir*” (p.364).

La focalización en fases incoativas a través del clítico es notablemente productiva en una serie de construcciones del tipo “se quedó callado”, “se puso a llorar” y “se echó a correr”, las que, sin detenernos mayormente en la discusión atinente, denominaremos perifrásticas. En éstas, el verbo auxiliar (*quedar, poner, echar*) va acompañado, necesariamente, del clítico y comunica un cambio, muchas veces repentino, de una situación a otra. Los esquemas perifrásticos indicados ilustran la estrecha conexión entre la focalización y el carácter dinámico de los procesos. En efecto, la focalización suele ir asociada no solo a la telicidad sino también a un alto

grado de kinesis, observable en forma manifiesta en los casos expuestos. Por otro lado, la contribución del clítico en la conceptualización de procesos de alta kinesis resulta especialmente destacable en verbos mentales que comunican cambios de estado, del tipo de *entristecerse* y *enojarse*, entre otros. Como señalan Hopper y Thompson, los estados no implican kinesis. No obstante, en las construcciones de cambio de estado con clítico, podemos observar una suerte de movimiento metafórico, esto es, una conceptualización del cambio de estado que proyecta en éste el esquema de las acciones. El fenómeno también lo ha advertido Maldonado (1999), al señalar que en este tipo de casos “la forma *se* activa la participación de un Exp[erimentador] originalmente pasivo” (p.96), perfilando, por ende, un evento energético.

Estamos ante una conceptualización metafórica en virtud de la cual el paso a experimentar o padecer un estado mental determinado, tristeza, por ejemplo, se construye como un movimiento de un lugar A a otro B, donde A y B corresponderían a los espacios metafóricos de estado de no tristeza y estado de tristeza, respectivamente. Esta caracterización del fenómeno explicita la intuición de Alonso y Henríquez Ureña (1953), para quienes verbos del tipo *calentarse*, *enfriarse* y *enojarse* “significan entrar en un estado” (p.106). El clítico, por tanto, contribuye a la conceptualización de este movimiento metafórico, el que, además, se conceptualiza privilegiando la fase final del proceso, es decir, comunicando una transición completa y un proceso puntual, ambos también, como hemos visto, rasgos de alta transitividad. Finalmente, en esta construcción de base metafórica el sujeto experimentador asume algunas propiedades tradicionalmente ligadas al agente, como el aumento de participación (Maldonado 1999), que refuerzan la transitividad<sup>14</sup>.

A modo de contraste, vale la pena observar que la construcción intransitiva de verbos transitivos, esto es, aquella que evidencia la ausencia de objeto directo, va aparejada con un cambio inverso al que se observa en los ejemplos expuestos hasta aquí. El fenómeno fue advertido por Bello (1928):

Los verbos activos pueden usarse y se usan a menudo como intransitivos, considerándose entonces la acción como un mero estado. Por ejemplo, ‘El que ama, desea y teme, y por consiguiente padece’; cuatro verbos activos, usados como intransitivos (p.740).

En otras palabras, y para emplear una terminología más adecuada a la presente investigación, la ausencia de objeto directo va aparejada con una disminución del carácter ficticiamente kinético que comunican los verbos mentales señalados. La presencia del clítico *se* en verbos como *calentarse*, *enfriarse* y *enojarse*, observada

<sup>14</sup> Maldonado (1999) interpreta las propiedades agentivas del sujeto experimentador apelando a un desplazamiento del “experimentante activo” desde el espacio del destino al del origen: “los exp activos son sujetos de corte agentivo ubicados en el dominio del origen y tienen capacidad de controlar sus acciones” (p. 57). Tómese nota de que el propio Maldonado apunta que el segundo rasgo, control, no se manifiesta en los casos en comento. Finalmente, hay que destacar que este autor reconoce la posibilidad expuesta en el presente artículo de interpretar el fenómeno en términos de una proyección metafórica fundada en el esquema LOS SUCESOS SON ACCIONES.

en el párrafo anterior, resulta, entonces, análoga en su función a la del objeto directo; aun cuando debe tenerse en cuenta que los verbos con que ejemplifica Bello, si bien mentales, no corresponden a la subclase de los expuestos con anterioridad.

La focalización favorece, asimismo, lecturas dinámicas de sucesos que, en sí, implican kinesis. Estas lecturas van asociadas a un incremento en el grado de participación del sujeto agente en los procesos, como ya se advirtió respecto de verbos mentales. Así, oraciones como

(21) El niño se subió al árbol.

se distinguen de su contraparte sin clítico

(22) El niño subió al árbol.

por el involucramiento físico completo del participante agente en la acción en cuestión. Mientras la construcción con clítico comunica que el sujeto realizó por sí mismo la acción, la oración sin clítico es neutra en este respecto. El contraste parece explicar las diferentes sanciones de enunciados como:

(23) El niño subió al árbol en brazos de su padre.

(24) ? El niño se subió al árbol en brazos de su padre.

(25) Felicia se subió al ascensor.

(26) \*Felicia se subió al edificio en el ascensor.

El mayor involucramiento va, típicamente, asociado a despliegues de actividad física observables, lo que fácilmente conduce a lecturas donde el grado de control y voluntariedad del agente sobre el proceso es mayor, dos propiedades características de los sucesos de alta transitividad.

En oraciones con objeto directo, del tipo

(27) El niño se comió toda la comida.

el clítico da lugar a construcciones que Maldonado denomina de explotación total del objeto, donde no solo existe una alta individualización y participación del sujeto agente sino también una completa afectación de un objeto individualizado. La marcación del objeto como completamente afectado por la acción referida es tan esencial que la opción sin clítico resulta ligeramente extraña:

(28) El niño comió toda la comida.

Todavía más, parecen inaceptables las oraciones donde explícitamente no hay despliegue de energía por parte del sujeto:

(29) \*El niño se comió la comida por medio de una sonda.

Mientras la oración (27) permite construir una representación vívida en que el agente realiza la acción, la oración (29) comunica, más bien, un sujeto

experimentador que no es el origen intencional de la fuerza que se despliega, sino la meta hacia la que se dirige el tema<sup>15</sup>.

Como puede observarse, existe una relación sistemática entre ocho de las variables de transitividad propuestas por Hopper y Thompson y el comportamiento del clítico *se*: participantes, kinesia, aspecto y puntualidad, voluntad, agentividad, grado de afectación del objeto y nivel de individualización de éste. La focalización que, de acuerdo con Maldonado, aporta el clítico lleva a que las construcciones se centren en los cambios de estado, de ahí su aspectualidad perfectiva y su puntualidad; de ahí también, su carácter kinético, que se refuerza por la atención privilegiada en la participación de un sujeto agente o un sujeto experimentador con propiedades agentivas, la que a su vez permite, en ciertas construcciones, lecturas de ‘afectación total’ de un objeto individualizado.

En todos estos casos, el clítico comunica situaciones de mayor transferencia de energía que en las construcciones relacionadas sin clítico. Observadas en relación con la cláusula activa-transitiva prototípica de Givón (1990), las construcciones medias discutidas dan mayor relevancia al sujeto agente (o a aquél con propiedades agentivas), aumentando su grado de actividad, su control sobre el suceso y su voluntad. De modo similar, aceleran el proceso comunicado por el verbo, el que se presenta completo y en forma compacta.

La función transitivizadora de la partícula en estudio destaca, a nuestro juicio, especialmente en los casos de perífrasis verbales incoativas y en los procesos de movimiento metafórico con verbos mentales, donde se observan claros patrones de conceptualización dinamizadora y, en consecuencia, de aumento de transitividad.

Por cierto, los ocho factores pueden desagregarse, dependiendo de diversas variables, lo que lleva a casos más distantes de la transitividad prototípica. Una situación especial, en este sentido, lo constituyen oraciones como “se puso a llorar” o “se enojó”, que muestran un sujeto experimentador que carece del control característico del agente (cf. Maldonado 1993b, 1999<sup>16</sup>). Ello no obsta, en todo caso, a que las construcciones sigan comunicando un alto despliegue de energía y, en este sentido, un grado de transitividad mayor que las construcciones relacionadas sin el clítico, allí donde éstas son también posibles.

El control resulta menor aun en construcciones del tipo

(30) Se cayó el florero.

que se han interpretado, tradicionalmente, como de accidentalidad. No obstante, como el propio Maldonado (1989, 1993b y 1999) señala, existe aquí una fuerza esquemática –aunque no voluntaria– que origina el proceso. La idea de un choque

<sup>15</sup> Contrátese la oración (29) con las oraciones aportadas por C. Zenteno (comunicación personal): “el paciente ingirió alimento por medio de (una) sonda”, “el paciente ingirió alimento mediante (una) sonda”. En estas últimas, el despliegue de energía sigue un camino inverso o se reduce a una mínima expresión.

<sup>16</sup> Maldonado habla de verbos de reacción emocional en que el participante experimenta un cambio emocional sin mayor control de su actividad psicológica.

de fuerzas, en contraposición a la mera hipótesis de la accidentalidad (propuesta por García 1975 como inferencia en algunas construcciones), aunque la disminuye, no deja del todo fuera la transitividad pues supone la presencia de un traspaso de energía desde una fuente esquemática.

En todo caso, y como ya se ha señalado, la mera presencia o ausencia de un agente, completa o parcialmente individualizado, no es en sí el factor determinante a la hora de evaluar el nivel de transitividad con que un proceso es descrito, puesto que dicho nivel se determina por la interacción total de los indicadores de transitividad anteriormente enumerados. De hecho, la propuesta de Hopper y Thompson defiendo la covariación sistemática entre los rasgos de transitividad, es decir, que cada vez que dos factores de transitividad se encuentren presentes en un enunciado determinado, ambos tenderán significativamente a estar en el mismo lado de la escala de transitividad (alta o baja) (1980: 254).

En el ejemplo indicado arriba, el nivel de transitividad de la oración “se cayó el florero” estará determinado por la conjunción no solo de dos sino de siete factores de alta transitividad, a saber: una *acción* vista desde su parte *final*, entendida *puntualmente*, en una construcción *afirmativa, factual* (no hipotética) y que involucra a un objeto *completamente individualizado y afectado en su totalidad*.

De especial interés resulta el carácter puntual de la construcción. Obsérvese, a este respecto, que la variante sin clítico

(31) El florero cayó.

admite una construcción de tipo progresivo o continuativo:

(32) El florero cayó y cayó.

La variante con clítico, en cambio, no parece aceptar esta alternativa:

(33) ?El florero se cayó y se cayó.

Todavía más, forzados a interpretarla aspectualmente, la oración evoca una representación cognitiva de tipo iterativo; el florero se cayó varias veces.

Por otra parte, los rasgos que no se instancian explícitamente en este caso son solo tres. De ellos, los dos primeros, la presencia de dos argumentos y el nivel de agentividad, se manifiestan esquemáticamente, como ha demostrado Maldonado. El tercer rasgo, voluntariedad, es el único ausente por completo en la oración. Podemos hipotetizar que, precisamente por no manifestarse en la construcción, la ausencia de voluntad se perfila sobre el trasfondo de la transitividad, favoreciendo de esta forma la lectura de accidentalidad propuesta por García (1975).

En todo caso, el grado de transitividad de construcciones de este tipo debiera evaluarse a la luz de las conceptualizaciones alternativas que compiten para aprehender una misma situación objetiva. Desde ese punto de vista, la expresión resulta claramente más transitiva que su contraparte “El florero cayó”.

#### 4. LA PARTICIPACIÓN DEL CLÍTICO *SE* MEDIO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL PRIMER PLANO NARRATIVO

Como hemos podido observar, el clítico *se*, en gran parte de sus usos medios, es un claro índice de mayor transitividad en la construcción, en tanto su presencia involucra mayor transferencia de energía y, en consecuencia, la relativa maximización de los rasgos de alta transitividad propuestos por Hopper y Thompson (1980). Ahora bien, en conjunto estas mismas propiedades determinan, según los autores, la estructuración discursiva en lo que respecta a la distribución de elementos prominentes y de trasfondo en el discurso narrativo, dicotomía fundamental a la hora de caracterizar la organización de los relatos.

Como se sabe, en las narraciones pueden distinguirse dos planos informativos. El primero, que corresponde a la información prominente, dice relación con el desarrollo temporal del relato mediante la presentación secuencial de los sucesos que lo constituyen y equivale a su esqueleto accional. El segundo, correspondiente al trasfondo, apoya al anterior, aportando el contexto espacial, caracteriológico y durativo (Hopper y Thompson 1980, Cavalli et al. 1996). De acuerdo con Hopper y Thompson, las propiedades asociadas con la alta transitividad se correlacionan con las porciones prominentes del discurso narrativo. Existiría, por lo tanto, una relación directa entre la expresión de mayores niveles de transitividad y la probabilidad de que determinadas cláusulas reciban una interpretación prominente. Si bien los autores restringen el alcance de su tesis a la lengua inglesa, el fenómeno resulta claramente aplicable al español.

Esta covariación sistemática entre prominencia/trasfondo y rasgos que determinan el nivel de transitividad no es tampoco un fenómeno del todo nuevo. Como ya lo indica Bello (1928):

en las narraciones el co-pretérito [el pretérito imperfecto] pone a la vista los adjuntos y circunstancias, y presenta, por decirlo así, la decoración del drama (p. 632).

A la luz de lo expuesto anteriormente, podemos entender que Bello relaciona la presencia de un marcador de baja transitividad, el imperfecto, con la construcción del trasfondo narrativo.

Si entendemos que la mayor transitividad corresponde a situaciones de mayor transferencia de energía, es decir, si más allá de las variables propuestas por Hopper y Thompson, se acepta que la transitividad obedece a la conceptualización de procesos energéticos, como se desprende de la propuesta de cláusula activa-transitiva prototípica de Givón (1990), entonces la correlación entre prominencia narrativa y alta transitividad resulta transparente, como puede observarse a partir de una somera revisión de las propiedades fundamentales del discurso narrativo.

En efecto, los textos narrativos relatan historias, i. e., “series de acontecimientos lógicos y cronológicamente relacionados que unos actores causan o experimentan” (Bal 1985: 21). La idea de ‘acontecimiento’ constituye una de las nociones claves en la conceptualización propia de las narraciones y puede entenderse como la transición de un estado a otro, causado o experimentado por los agentes del relato.

Como ha señalado Adam (citado por Ciapuscio 1994), la sucesión de eventos, la presencia de predicados que indican transformación, la existencia de una unidad de acción y la causalidad son los aspectos constitutivos de las secuencias dotadas de prominencia narrativa. Términos como protagonista y antagonista, usuales en la caracterización de los relatos, apuntan a las fuerzas en conflicto que caracterizan estas secciones.

A partir de lo expuesto, puede argumentarse que el uso del clítico *se*, en tanto elemento transitivizador, funcionaría esencialmente como un indicador de prominencia en el discurso narrativo, en atención a las facultades dinamizadoras de la estructura. Éstas le permitirían contribuir a la organización de los relatos, entendidos, básicamente, como relaciones causales en que ciertos actores transforman el mundo, vencen obstáculos, triunfan o son derrotados. Esta inferencia coincide con la apuntada por Maldonado (1999), para quien, como ya se ha indicado, la forma *se* media perfila eventos energéticos. De acuerdo con este autor: “la energetización del evento consiste en hacer que la expresividad del sujeto sea especialmente prominente” (p.116).

De modo más específico, es dable asumir que, en el transcurso de los sucesos de un relato, aquellos que presenten el clítico en su valor medio corresponderán especialmente a acciones que marquen la evolución de la historia. Puede esperarse que la estructura en estudio se presente en los momentos en que se evidencien cambios de estados (físicos o mentales), de localizaciones o, incluso, de posturas corporales. Todavía más, la misma dinamización que involucra el uso del clítico se prestará convenientemente para indicar la aceleración de ciertos procesos, mientras que su empleo en construcciones energéticas de tipo pragmático, donde se vence la fuerza de lo habitual o lo esperable, resultará adecuada cuando la narración se centre en hechos no deseados o contrarios a las expectativas<sup>17</sup>. Todo ello agrega un argumento más en favor del uso de construcciones con *se* para referirse a los eventos prominentes de un relato.

Asumiendo la hipótesis expuesta, los autores del presente artículo están desarrollando una investigación ontogenética en que se explora el empleo del clítico medio *se* tanto en relatos de niños hispanohablantes de tres a once años como en narraciones de adultos. En ambos casos, se ha trabajado con un corpus recogido en Argentina y Chile por Bocaz<sup>18</sup>. Los datos, que surgen de la comprensión de un relato pictórico que, posteriormente, se expresa en un discurso verbal, corroboran la fuerte, aunque no exclusiva ni excluyente, presencia del clítico *se* medio en las oraciones prominentes de los relatos. Esta manifestación aparece desde la edad más temprana

<sup>17</sup> Cabe notar, de modo incidental, que una de las características de los relatos es que en éstos se tiende a narrar hechos no habituales, excepcionales, que en algún aspecto escapan de los marcos de conocimiento corrientes (cf. Bruner 1991).

<sup>18</sup> La investigación de A. Bocaz, a quien agradecemos su generosidad académica, se enmarcó en el proyecto *A crosslinguistic investigation of the development of temporality in narrative*, diseñado y dirigido por Ruth A. Berman, de la Universidad de Tel Aviv y D. I. Slobin, de la Universidad de California en Berkeley. Para mayor información relacionada con las bases metodológicas y los fundamentos teóricos en que se inserta el proyecto, remitimos al lector a Bocaz (1991).

y, en términos generales, con escasa variación cuantitativa entre los grupos etáreos, si bien cabe apuntar que existen interesantes diferencias cualitativas entre éstos. Esta investigación también indaga en otros fenómenos ya discutidos teóricamente en el presente trabajo, como la emergencia tanto de perífrasis verbales como de verbos mentales marcados con el clítico. Asimismo, algunos de sus hallazgos contribuyen a una mejor comprensión de las variables involucradas en el desarrollo ontogenético de ciertos valores medios.

En efecto, la revisión del corpus muestra que el clítico marca preferentemente los cambios de estado. Procesos y acciones como los de *caerse*, *subirse*<sup>19</sup> y *salirse* ya se expresan mediante estas construcciones a los tres años tanto en el caso de los niños chilenos como en el de los argentinos, en coexistencia con abundantes construcciones con objeto directo (*el niño despertó al perro*, *el perro no podía sacar la cabeza del frasco*) y junto a un número menor de construcciones intransitivas empleadas, especialmente, para propósitos más bien descriptivos (*el niño está durmiendo*, *el niño vino acá*<sup>20</sup>).

Los valores dinámicos y energéticos del clítico ya aparecen, en ciertas escenas, con gran estabilidad desde la edad más temprana recogida en este corpus. A medida que se avanza en la edad de los sujetos y los relatos comienzan a enriquecerse, los sucesos marcados con el clítico se mantienen, en general, inalterados, como puede observarse en los ejemplos que siguen (Cuadro 2):

- 3 años: *Ahí metió la cabeza, estaba mirando en la ventana y ¡se cayó! el perro y se rompió.*
- 4 años: *Y el perro se metió dentro del frasco su cabeza y lo estaban llamando y ahí se cae y se le quebró el frasco.*
- 5 años: *El perro se puso un frasco en la cabeza y dijo: «¡auxilio! ¡la rana!» entonces el perro se cayó. Quebró la botella.*
- 7 años: *El perro metió la cabeza en la botella. El niño abrió la ventana y gritó dónde estaba su rana y el perro tenía la cabeza en la botella. El perro se cayó de la ventana y se pegó en el suelo.*
- 9 años: *Y su perro se metió en el frasco y no pudo sacar la cabeza. Tomy empezó a llamarla y su perro no podía hablar el perro, mirando por la ventana, se cayó y Tomy gritó. Al caer, el frasco se rompió.*

Cuadro 2: Escena de la caída del perro en niños de distintas edades.  
La puntuación no sigue criterios ortográficos sino prosódicos.

<sup>19</sup> En algunos relatos de niños, el verbo *subirse* se emplea para las distintas fases del proceso, como se observa en este ejemplo de un niño de tres años y seis meses:

*Se quiere subir acá en esta montaña. Se subió. Acá el nene está subido ahí.*

Como puede advertirse, la forma *estar subido* corresponde a la fase resultativa de *subirse* y no de *subir*, lo que corrobora la afirmación que en este sentido hiciera Roca Pons (1958). En un estudio dedicado a estas construcciones, Bocaz y Soto (1998) proponen que la focalización en la meta que va aparejada con la opción *subirse* favorece la aparición de la perífrasis resultativa *estar subido* en algunos relatos infantiles.

<sup>20</sup> En este último ejemplo, resulta interesante el empleo del pretérito perfecto simple, o indefinido, *para* describir la ubicación del participante en la lámina sin mayor integración de la acción en el hilo narrativo.

De hecho, los casos sin marcación en estas escenas son esporádicos y poco sistemáticos, predominando, notoriamente, las construcciones con clítico. Así, por ejemplo, el mismo niño argentino de tres años que dice *Ahí cayó al agua*, produce preferentemente, para escenas de cambio de estado, construcciones del tipo *Un pájaro grande se cayó* y emplea los verbos *irse* y *subirse*. Ciertamente, hay casos en que se advierte un uso inestable del clítico que demanda una exploración ulterior. El mismo sujeto de nueve años que dice *El perro y el chico se fueron con las ranitas*, produce, también, la oración *El chico fue a dormir con el perro a la cama*, donde el verbo *ir a* figura como auxiliar, y la oración *Se fueron [partieron] a buscar atrás del tronco*, donde el auxiliar va con clítico.

En síntesis, la función del clítico medio como marcador de información prominente en la narración también se manifiesta en los relatos estudiados. En espera de un análisis más detallado, actualmente en preparación, baste con observar, en los siguientes segmentos de sujetos argentinos, que la diferencia de edades (un niño de nueve años y un adulto) no pareciera afectar la conceptualización básica de los sucesos prominentes de la historia y, por consiguiente, la manera de marcar los aspectos dinámicos y energéticos discutidos en este trabajo. En términos gruesos, son esencialmente las mismas escenas las que reciben marcación con *se* medio y las grandes diferencias corren por cuenta, más bien, del enriquecimiento léxico, de trasfondo y retórico que tiene la versión adulta del relato.

9 años: *{había una vez} un nene que tenía- eh... de mascotas un perrito y una ranita. Eh... como ya era de noche/ {el-} el nene se fue a dormir con su perrito, [mhm] y la rana se estaba escapando. Cuando se despertó/ vio que la rana no estaba más.*

Adulto: *Eh... es la historia de un chico y su perro/ que está mirando eh... mirando una ranita que tienen en un frasco. Es de noche/ el chico se está (preparando) para dormir/ se ha sacado las botas/ se puso las pantuflas y el pijama/ tiene la ropa tirada alrededor de la cama y están con el perro mirando la ranita y dándoles las buenas noches. {Los chicos ya} el chico y el perro se duermen/ y la ranita despacio se escapa {de} del frasco. A la mañana siguiente/ . {cuando el chiquitito y el perro se levantan/ } ven que la rana ha desaparecido. Están muy preocupados.*

Cuadro 3: Escena inicial del relato, narrada por un niño de 9 años y por un adulto.  
La puntuación no sigue criterios ortográficos sino prosódicos.

---

Este uso va en contra de la función típica del pretérito perfecto simple, que es, precisamente, aportar la información prominente del relato. Resulta tentador sugerir que este fenómeno obedece a la ausencia del clítico.

## 5. CONCLUSIONES

La presente investigación muestra el valor transitivizador de una serie de construcciones medias; el carácter prominente de éstas en el relato, y la preferencia que los niños, a edades muy tempranas, tienen tanto por los sucesos que implican alto despliegue de energía como por las construcciones lingüísticas que conceptualizan dichos sucesos. Puesto que el clítico medio aparece con una clara función discursiva ya desde la edad más temprana del corpus estudiado, no puede sino resultar atrayente la idea de que la marcación de sucesos dinámicos y energéticos tenga un estatus conceptual ontogenéticamente básico. Es precisamente esta posibilidad la que nos ha llevado al análisis del clítico en narraciones infantiles.

En síntesis, contra la idea extendida de que el clítico *se* opera como elemento destransitivizador, existen, a partir fundamentalmente de los planteamientos de Maldonado (1989, 1993b y 1999) y de Hopper y Thompson (1980), sólidos argumentos en favor de la hipótesis opuesta. En gran parte de las construcciones medias, el clítico funciona como un recurso de transitivización que incrementa el flujo de energía desplegado en las cláusulas. Esta función se atestigua, especialmente, en el tipo textual que, por definición, se caracteriza por el despliegue de energía que ejerce un sujeto agente: la narración. Los segmentos prominentes de relatos que hemos estudiado muestran este patrón recurrente desde la edad más temprana, lo cual sugiere que, en el desarrollo del discurso narrativo, los niños se focalizan en situaciones donde existe gran despliegue energético, construyendo el relato a partir de las secuencias más prominentes y empleando, para ello, entre otros recursos, el clítico *se*. Considerando, además, que este clítico conlleva un realce en la participación o involucramiento del sujeto en los eventos, puede inferirse que los niños construyen sus relatos centrándose, desde el micronivel de la cláusula, en los participantes del relato, i. e., los protagonistas, antagonistas y colaboradores, allí donde ellos despliegan energía o se involucran notoriamente en tales despliegues.

La explicación más simple para esta conducta parece ser que, durante la comprensión y producción del relato, los procesos con gran despliegue energético atraen la atención preferente del niño, quien los conceptualiza a partir del modelo activo-transitivo prototípico. Como ha indicado Bruner (1991), "las personas y sus acciones dominan el interés y la atención del niño" (p. 84). Cuando la situación no se amolda fácilmente a una instancia de transferencia energética de un sujeto/agente a un objeto/paciente, el niño emplea otros recursos de conceptualización que perfilen el traspaso o el despliegue de energía.

Como puede advertirse, esta explicación sugiere que la transitividad no corresponde tan solo al efecto discursivo generado por una serie de factores, a este respecto, nucleares. Contra el posible planteamiento de que la transitividad pueda entenderse como el subproducto de presiones del discurso, i. e., como un fenómeno carente de estatus sustantivo, proponemos, más bien, que el modelo de transitividad prototípica articula, en el discurso narrativo, los componentes identificados por Hopper y Thompson. Como ha escrito Givón (1990):

Cuando el agente es temáticamente importante, como ocurre en la activa prototípica, las propiedades del suceso vinculadas con el agente, tales como el propósito, el control, el comienzo, la acción y la responsabilidad, son focalizadas, es decir, se tornan más sobresalientes. Desde la perspectiva de la voz activa, el suceso se interpreta como rápido, delimitado, completo y realizado. Todavía más, un participante temáticamente importante tiene más probabilidades de hacer referencia y estar individualizado, es decir, de estar, nuevamente, más focalizado y ser más sobresaliente (p.567)<sup>21</sup>.

Esto no quiere decir, sin embargo, que las variables de Hopper y Thompson se subsuman exclusivamente en un modelo integrador, pues la propia existencia de las construcciones medias apunta a reorganizaciones de los factores. Quizás existan dos niveles de representación y descripción del fenómeno en comento. Nuevamente la metáfora de las redes puede resultar útil para dar cuenta, por una parte, de variables que establecen conexiones entre sí y, por otra, de la suerte de engrama que resulta de los patrones de conectividad de estas variables. De un lado, los componentes de Hopper y Thompson y, del otro, la cláusula activa-transitiva prototípica. En este marco, las construcciones medias tratadas en el presente artículo podrían entenderse como extensiones del prototipo surgidas, en el nivel superior, por su proximidad con éste y, en el más elemental, por reorganizaciones en la conectividad de las variables. A nuestro juicio, y como hemos intentado exponer en estas páginas, la integración de los estudios desarrollados en la lingüística cognitiva con los centrados en el análisis del discurso y la ontogenia del discurso narrativo parece un camino promisorio para alcanzar una mejor comprensión de la forma en que el sistema cognitivo humano va desarrollando una gramática imbricada en el procesamiento no solo del discurso sino también de sus representaciones sobre el mundo físico y social.

Bruner ha destacado el papel relevante que desempeña el discurso narrativo en la organización de la *psicología popular* humana, esto es, del sistema cognitivo “mediante el cual la gente organiza su experiencia, conocimiento y transacciones relativos al mundo social” (1991: 49). De modo similar, la línea propuesta en la presente investigación sugiere una visión integrada de la cognición en que el desarrollo de la vida mental, el del discurso narrativo y el de los recursos gramaticales se encuentran íntimamente conectados.

## REFERENCIAS

- ALCINA FRANCH, J. y J. M. BLECUA. (1975). *Gramática española*. Barcelona: Ariel.  
 ALONSO, A. y P. HENRÍQUEZ UREÑA. (1953). *Gramática castellana*. Buenos Aires: Losada.  
 BAL, M. (1985). *Teoría de la narrativa. (Una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.  
 BELLO, A. (1928). *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. París: Andrés Blot (Primera edición, 1847).

<sup>21</sup> La traducción del pasaje es de los autores del presente trabajo.

- BENOT, E. (1943). *Arquitectura de las lenguas*. Buenos Aires: Editorial Araujo.
- BOCAZ, A. (1991). Esquematación espacial y temporal de escenas narrativas y su proyección lingüística en el español. *Lenguas Modernas* 18: 47-92.
- BOCAZ, A. y G. SOTO. (1998). Esquemas cognitivos en el origen de la marcación aspectual en el discurso. El caso de *estar subido*. En J. L. Cifuentes Honrubia (Ed.), *Estudios de lingüística cognitiva I*. Alicante: Universidad de Alicante.
- BRUNER, J. (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- CARROLL, D. (1994). *Psychology of language*. Pacific Grove, CA: Brooks/Cole Publishing Company.
- CAVALLI, D., B. SAN MARTÍN, A. SAN MARTÍN y C. YUS. (1996). Una propuesta semántica para el estudio del segundo plano narrativo en el discurso infantil. *Lenguas Modernas* 23: 95-114.
- CIAPUSCIO, G. E. (1994). *Tipos textuales*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- CONTRERAS, L. (1973). Significados y funciones del *se*. *Actas de la primera reunión latinoamericana de lingüística y filología*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo (Hay edición previa de 1966).
- FRAWLEY, W. (1992). *Linguistic semantics*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- GARCÍA, E. (1975). *The role of theory in linguistic analysis*. Amsterdam: North Holland.
- GARCÍA-MIGUEL, J. (1995). *Las relaciones gramaticales entre predicado y participantes*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- GIVÓN, T. (1990). *Syntax. A functional typological introduction*. Vol. II. Amsterdam / Filadelfia: John Benjamins.
- GILI GAYA, S. (1955). *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona: Editorial Spes.
- HANSEN, F. (1913) *Gramática histórica de la lengua castellana*. Halle: Max Niemeyer.
- HARTMANN, R.R.K. y F.C. STORK. (1972). *Dictionary of language and linguistics*. Londres: Applied Science Publishers.
- HERNÁNDEZ, C. (1995). *Nueva sintaxis de la lengua española*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- HOPPER, P. y S. THOMPSON. (1980). Transitivity in grammar and discourse. *Language* 56 (2): 251-299.
- LANGACKER, R. (1988). A usage-based model. En B. Rudzka-Ostyn (Ed.), *Topics in cognitive linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- LENZ, R. (1920). *La oración y sus partes. Estudios de gramática general y castellana*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.
- LYONS, J. (1979). *Introducción a la lingüística teórica*. Barcelona: Teide. (Traducción de la edición inglesa de 1968).
- MALDONADO, R. (1989). *Se gramaticalizó: A diachronic account of energetic reflexives in Spanish. Proceedings of the IV Pacific Linguistics Conference*. Eugene: University of Oregon.
- MALDONADO, R. (1993a). La semántica en la gramática cognoscitiva. *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje* 1(2): 157-181.
- MALDONADO, R. (1993b). Dynamic construals in Spanish, *Studi Italiani di Linguistica Teorica e Applicata* XXII(3): 531-566.
- MALDONADO, R. (1999). *A media voz. Problemas conceptuales del clítico se*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- MARTÍNEZ, M. (1998). Introduction. En M. Martínez (Ed.), *Transitivity revisited*. Huelva: Universidad de Huelva.
- PUEYO, F. (1995). La partícula SE en español: Un proceso de gramaticalización. *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, Vol. 33: 153-194.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (1973). *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- ROCA PONS, J. (1958). *Estudios sobre perífrasis verbales del español*. Madrid: CSIC.